UNAS CUARTILLAS INEDITAS DE PALACIO VALDES

POR

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Debía mediar el año 1935, cuando la entonces mas importante emisora de radio de Madrid, solicitaba del patriarca de las letras españolas, Don Armando Palacio Valdés, una intervención personal ante el micrófono que fuera como comunicación directa y espiritual del maestro con sus lectores de toda España, estableciendo un contacto que había sido insistentemente pedido por sus admiradores de provincias y principalmente de Asturias, su tierra nativa.

La emisora requirió mi intervención en este acto efusivo y cordial para prologar la actuación de Don Armando, con unas palabras encomiásticas sobre su insigne y señera personalidad e importancia de su obra literaria. Acepté el honor que inmerecidamente se me confería dada la admiración y amistad que me unían al autor de «La aldea perdida», y a la emisora acudí acompañando al maestro, que apesar de sus ochenta y dos años se mantenía joven de espíritu y con una salud envidiable. Gracias a su vida morigerada y sana, naturalista, que llevó toda su vida. Nada hacia presagiar todavía el enorme cataclismo que asolaría a España, reivindicándola de sus más puras tradiciones y grandezas. El glorioso novelista esperaba

esa resurreción de la patria, tenía fé en el porvenir de sus destinos y esperaba confiado, sin saber que la luz de la nueva España no alumbraría su despacho, sumido en tinieblas desde el 29 de enero de 1938, en que su corazón gastado por la senectud dejó de latir, cerrándose sus párpados para siempre... Había una gran espectación en la emisora por recibir al insigne novelista y Académico de la Lengua y allí estaban congregadas multitud de personas dispuestas a escucharle y rendir al pensador, novelista y filósofo—D. Armando lo era—el homenaje personal de su devoción, afecto y cariño.

Cuando las luces del control anunciaron el momento de la intervención, el que esto escribe, velada su voz por la emoción del caso, pronunció unas palabras—que no merecen ahora la reproducción, y que brevemente encerraban los merecimientos de aquella gran figura de las letras españolas.

Terminado que fué el introito, ya que no presentación, y que era el homenaje rendido al ilustre orador que después de mí iba a utilizar el micrófono, Don Armando, sentado en cómodo sillón—sus años no le permitían ya el hacerlo de pié—ante la expectación de todos dió lectura a las cuartillas autógrafas que sin mas preámbulos transcribo:

«Por segunda vez tengo el honor de dirigir la palabra a los radioescuchas españoles en el micrófono de Unión Radio. Después de la amable presentación de mi compañero Sánchez Palacios, mi confusión es grande. Aunque yo no sea todavía un clásico ya soy un antiguo: he hablado a las pasadas generaciones y si las presentes me escuchan es por un exceso de benevolencia. Pero a los viejos se nos otorga el privilego de amonestar: lo que hemos perdido en ingenio lo hemos ganado en experiencia: si somos gárrulos y pesados todavía se nos disculpa por nuestra edad. Vais a escuchar algunas breves observaciones acerca del arte que me ha ocupado durante mi ya larga existencia.

Todos necesitamos embellecer la vida o por lo menos hacerla

más soportable con alguna afición que nos permita olvidar los contratiempos y asperezas del viaje. Cada cual tiene las suyas. El cardenal Mazarino, que había logrado reunir una maravillosa colección de cuadros y estatuas, desahuciado por los médicos, recorría los salones de su palacio y exclamaba llorando:

—«¡Dios mío, no ver ya más estas obras tan hermosas!».

Menéndez Pelayo, en los últimos días de su vida, suspiraba porque le faltaban aún muchos libros que leer. Un político de mi tiempo llamado Romero Robledo, después de una cruel operación quirúrgica en el rostro, como el cirujano le mandase hablar comenzó diciendo:

—«Señores diputados...»

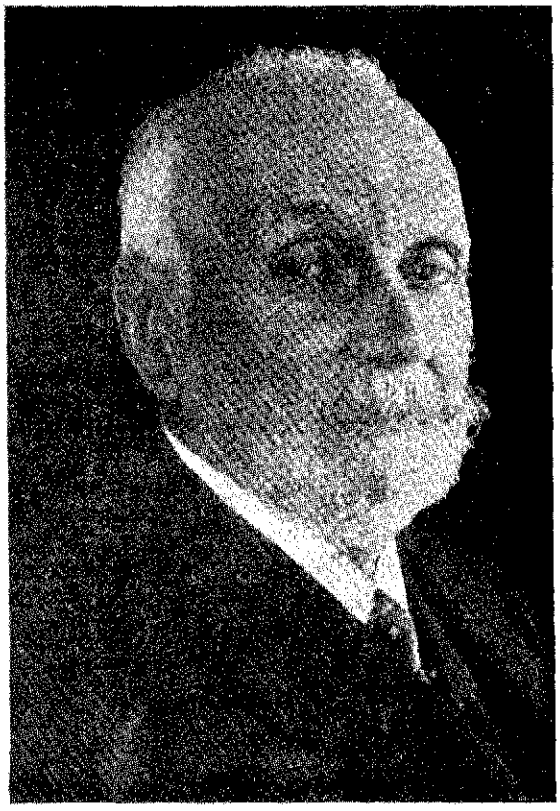
Un viejo y opulento banquero, en el lecho de muerte se hacía leer las cotizaciones de la Bolsa, y conocí un sujeto que había pasado toda su vida adquiriendo pedazos de tierra y lloraba cuando estaba a punto de morir porque no había podido adquirir una finca que siempre había apetecido.

Todos necesitamos una ilusión, un nárcotico que nos adormezca. Nos sucede lo que al fraile de la leyenda que saliendo de paseo se paró debajo de un árbol para escuchar el canto de un ruiseñor y cuando volvió al convento se encontró con que habían muerto la mayor parte de sus compañeros, pues habían transcurrido cuarenta años. Todos necesitamos un ruiseñor. El mío ha sido la novela. Escribiendo novelas he llegado a los ochenta y un años sin darme cuenta del tiempo. Ya no puedo escribirlas, pero aun las leo, como esos empedernidos jugadores que cuando han perdido todo su dinero permanecen todavía sentados a la mesa de juego mirando las cartas.

La afición a los libros es la más noble que pueden sentir los humanos. El libro es el educador por excelencia, el sol que entra en las casas desinfectándolas y saneándolas. Y de todos los libros el más perfecto educador es la novela. Porque la novela no habla a la cabeza, sino al corazón, que es donde reside la diferencia esencial de los hombres. El talento nos aisla, mientras el sentimiento

nos une. Se admira a un hombre de talento, pero si no es bueno no se le estima. El único fin de la Creación es esta unión de los seres humanos que los cristianos llamamos caridad. Las novelas, despertando en los jóvenes y adolescentes nobles y elevadas emociones, son los más eficaces maestros del hogar. Claro está que me refiero a las novelas limpias, no a las sucias. Los que por un sórdido interés halagan torpes pasiones, no son dignos de llamarse novelistas, olvidan su sagrada misión y son responsables ante Dios y ante los hombres de este olvido. Las novelas no esclarecen la inteligencia, pero educan el corazón. Padres de familia, si véis a un hijo derramar lágrimas leyendo una novela, podéis estar seguros de que vuestro hijo no será jamás un hombre ruin y despreciable. Geografía, Física, Matemáticas, no nos harán de mejor condición, pero las sanas novelas contribuyen a volvernos más suaves y caritativos. Ignoro si las mías han reportado alguna utilidad espiritual, pero he tenido cuidado de no ofender las buenas costumbres. Si no he logrado la admiración de mis lectores estoy seguro de no haber perdido su estimación».

En diciembre de aquel mismo año de 1935, hablando con don Armando en una de aquellas pláticas que con él sostenía casi todas las tardes en la casa en que vivía en Madrid, en la calle de Maldonado núm. 25, y que hoy luce una lápida de homenaje, obra de Benlliure y Marinas, colocada entre dos balcones de su despacho en fervor y recuerdo de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de la que yo era en el momento de colocarse Vicesecretario, salió en la conversación el tema del tabaco. Don Armando platicó amplia y graciosamente sobre el asunto y tanto me sedujeron sus palabras que le solicité una cuartilla que encerrara su pensamiento, cuartilla que en aquel momento no iba a tener aplicación, pero que yo quería retener como preciado autógrafo. No se hizo rogar el maestro. En el mismo block, todavía sobre su mesa, en el que acababa de escribir un artículo para «ABC»,— uno de



DON ARMANDO PALACIO VALDES

(Ultimo retrato)

los últimos,—el autor de «Sinfonía pastoral» con su gruesa y negra estilográfica escribió la cuartilla que también transcribo:

«Me dicen que el tabaco es un veneno. Si lo es debe de ser muy lento, porque hace mas de cincuenta años que fumo y aun no me he muerto. Confieso que tratando de tabaco soy un patricio, desprecio a la plebe, esto es, desprecio a los pitillos. Solo fumo cuando mis recursos me lo permiten, buenos cigarros habanos y no diré la marca para que no se sospeche que me ha subvencionado la fábrica. Si es un pecado que Dios y la Tabacalera me lo perdonen».

A. Palacio Valdés

He aquí como un testamento literario de D. Armando, como unas últimas opiniones, consejos y confidencias del novelista que escribió «La alegría del Capitán Ribot».

Han pasado diez y nueve años desde aquella fecha y diez y seis de su muerte. En la cuartillas puede decirse, no obstante, que brilla todavía la tinta fresca. Nadie las leyó y al abrir la carpeta de estos mis más íntimos y cariñosos recuerdos, he sentido el deseo —deseo que lo impulsa el deber—de hacer públicas estas últimas cuartillas del gran maestro de la pluma y del pensamiento españoles, que ya no habría de escribir más, prisionero su cerebro por la horrible hecatombe de la revolución y de la guerra en aquel Madrid que no había obtenido todavía su liberación y en el que falto de ambiente y de recursos espirituales, había de sucumbir.

Me dicen que el tabaco es un
veneno. Si lo es debe de ser muy
lento porque hace mas de cincuenta
años que fumo y aun no me ha
muerto. Comprendo que hablando de
tabaco soy un patriota, desprecio á
la plebe, esto es desprecio á los
fitiles. Solo fumo, cuando mis venenos
me lo permiten, buenos cigarros habanos
y sino sirve la marca pura que no
se imprima que me ha subvencionado
la fábrica. Si es un pecado que
Dios y la Tabacalera me lo perdonen

A Palacio Valdés